

La Esperanza en el dolor

Carolina del Río M.
Periodista, Teóloga

PUBLICADO EN REVISTA MENSAJE N° 577
Marzo - Abril 2009

El más grande misterio de la vida, de la nuestra, es sin duda, el dolor. No conjugan bien el verbo amar de un Dios creador bondadoso con el verbo sufrir de tantos, demasiados. Es en este quicio, decisivo y radical, donde se puede oír sutilmente el latido de la esperanza cristiana de la Vida o el gemido desgarrador de la ausencia densa de un dios que dice amar y que parece que no ama. No hay, me parece, un mejor contexto para hablar de la esperanza que el dolor. Ser adultos en la fe supone hacerse cargo del grito del sufriente -el del mismo Nazareno traspasado, y el grito propio y el del otro- y escudriñar, escudriñar hasta que sangren las manos, ¿dónde está Dios!... y a dónde va a dar el aullido final de Aquel que confió en su Abbá.

¿Cómo hablar de Dios en medio del dolor? ¿Cómo decirle al que sufre “Dios te ama”? ¿Qué sentido tiene Dios para el que está sufriendo? ¿A quién eleva su plegaria el que llora en medio de la oscuridad? ¿Cómo decirle al Cristo traspasado confía en el Señor, “eres definitivamente amado, suceda lo que suceda?”[\[1\]](#)

Preguntas como éstas, lacerantes como dardos desde siempre y para siempre, mueven esta reflexión. Reflexión que no pretende una respuesta, sino atisbar una salida para acercarse al dolor y a la muerte enfrentando cara a cara el sin-sentido brutal y escandaloso del sufrimiento. Porque nada, me parece, ni nadie -nunca- debería decir que el dolor tiene sentido. Porque no lo tiene. No puede tenerlo -ni debe- porque hemos sido creados para la vida, no para la muerte: El Dios de Jesucristo no quiere la muerte. Lo que nos salva no es el dolor mismo de la cruz, sino el Amor haciéndose dolor y muerte en el madero. Pero, ni Dios quiere el sufrir, ni el sufrir en sí tiene sentido.

Y, sin embargo... sufrimos. ¿Qué hacer, entonces? ¿Callar? Sí. Casi: Susurrar que en el Nazareno crucificado hay una tenue luz que permite atravesar el dolor con el corazón igualmente adolorido, pero confiando; confiando que la muerte no es la última palabra. Confianza sostenida por la esperanza del actuar de un Dios-Amor fiel, y fiel hasta la muerte, ¡y muerte de cruz! (Flp 2)

El abandono del Hijo

Según los Evangelios sinópticos el crucificado muere abandonado del Padre y con la conciencia brutal de ese abandono. ¿No es, acaso, ese su descenso a los infiernos? ¿Cómo se hace presente el amor de Dios en ese momento? ¿Cuál es la diferencia entre la muerte del Hijo y la muerte de un hijo cualquiera? No parece que en los sinópticos haya indicio alguno del amor del Padre por su Hijo *en* el momento de la muerte. Por tanto, o Dios no se afecta con esa muerte -y por lo tanto con ninguna muerte- o muere junto con el Hijo -y por

lo tanto muere en cada muerte- Si no se afecta es un Padre indeseable y si muere junto con el Hijo es impensable como Dios. ¿Dónde quedamos? En el silencio irrefutable de Dios...y en la resurrección.

¿Y entre la densidad del silencio del Padre que parece que no ama y la resurrección?... Un difuso atisbo de salida escudriñado por las manos sangrantes de Lucas que -intuyo- también se preguntaba ¡¿Dónde estabas, Dios?! El evangelista pone en boca de Jesús un retazo del salmo 31: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu.” Y ese retazo de salmo, gritado como recurso final, nos obliga a mirar la vida de Jesús, y Su fe. Ese salmo de último minuto nos hace preguntarnos ¿En qué Dios creía Jesús?

La experiencia que hace el pueblo de la intervención fiel de Yahvé es condición de posibilidad para poder hablar con confianza de Dios como amor. Las promesas del Antiguo Testamento y la conciencia del pueblo de que Dios ama, crea y libera, se funden en una única certeza: “Confíad en Yahvé por siempre jamás, porque en Yahvé tenéis una roca eterna” (Is 26,4) Para el pueblo creer en Yahvé es confiar en un Dios que se compromete con ellos, con su historia y su dolor, que anima su esperanza: Dios actuará liberándolos. El pueblo confía-espera esa intervención por siempre jamás. Esa confianza-esperanza de la acción de Dios está proyectada al futuro: Dios *ya* ha actuado, *pero aún no* termina de hacerlo... ya, pero todavía no, la tensión escatológica. A esta certeza nos remite el salmo *expirado* por Jesús: Dios actuará *en* su muerte... y al tercer día resucitó.

La esperanza es una fuerza imperceptible que nos endereza de a poco y que nos hace mirar la luz de la cruz, y su tiniebla: Es esa íntima madera de la que estamos hechos, que nos habita y nos sostiene. Es el impulso que permite abrir la boca y gritar con Cristo crucificado porque ese grito-nuestro-en-Cristo nos redime. Y es ese Cristo-hecho-nuestro-dolor que en su grito final nos da la razón, y la respuesta. Una respuesta desconcertante y escandalosa. Una respuesta que mana, junto con su sangre, de la fe en Su Dios. La esperanza es un don desproporcionado, exuberante que anida *en y gracias a*, nuestra creaturalidad; es la sobreabundancia con que nos quiere Dios y con que nos creó. Es una fuerza silente inscrita en la creación que no entra al mundo con la resurrección, sino con el designio creador de Dios.

Comunión compasiva

¿Cómo mostrar que a pesar del sufrimiento padecido Dios sostiene y acompaña? Sólo mediante la esperanza que se ancla en la experiencia del pueblo y en el actuar de Yahvé: Dios cumple sus promesas y el cuerpo-pueblo es fuente de energía para superar el sufrimiento porque por esa comunión sabemos que no estamos abandonados. La *comunión compasiva*, la experiencia de una comunidad que sigue el ejemplo del samaritano es eficaz para atravesar el desierto del dolor: “Lo que hace vivir no es sólo la salvación efectiva, sino también la solidaridad como deseo de salvación. Hay una experiencia personal y colectiva de la cruz y de la búsqueda de la propia salvación y de la del hijo que se tiene en los brazos, la salvación de una misma y la del compañero o compañera que vive las mismas aflicciones. En el mismo cuerpo coexisten la cruz y la resurrección: ambas se funden, en un mismo cuerpo en una sola cosa”.[\[2\]](#)

El pueblo no cree que Yahvé los ha creado “por un lado” y los salvará “por otro”. Más bien, su fe madurada en la historia amarra la salvación a la creación misma; es la misma creación la condición de posibilidad de la liberación. Porque han sido creados, no pueden, sino, ser salvados: Porque Dios es bueno. La impronta cristológica que afirmamos y proclamamos de la creación (1Cor 8,6; Col 1,15) nos permite afirmar que “Cristo está al final de la historia como salvador, porque está en su comienzo como creador”.^[3]

En Jesús de Nazaret se encuentran, en abrazo pleno y fecundo, el hombre y Dios. Él hace visible la trascendencia en la inmanencia y ello refuerza la idea de que la esperanza no es un recurso de última hora, un recurso heterónimo a la humanidad y al mundo. La esperanza tiene que estar latiendo en lo profundo de la creación y del corazón humano. Lo mismo que la salvación-liberación. Es verdad que la gran liberación es operada por Cristo en la resurrección y que la gran esperanza es Cristo mismo; pero la realidad de Dios-con-nosotros (Mt 1,23) no puede estar reservada sólo “para el final”, sino que se hace carne en las resurrecciones o salvaciones cotidianas.

La centralidad de Jesucristo no impide su identificación con los que sufren y los pobres (Mt 25) Cabe, entonces, la pregunta ¿Es tan sólo cristológica la mediación? Sí, lo es. Pero esa mediación tiene un doble aspecto que no se debe ignorar: La solidaridad con los pobres y los débiles que nos pueblan. Si todos hemos sido creados a imagen de Dios, hemos sido creados a imagen de Cristo. Por tanto, decir “creo en Jesucristo” no es sólo una explicitación formal, sino que el misterio acontece cuando se es *para el otro*. Este es el significado profundo de la persona de Jesús, quien da una nueva dimensión a la existencia: “Cristo murió por todos. Vivir para Él significa dejarse moldear en su ‘ser-para.’”^[4] Que el mundo ha sido creado por y en Jesucristo implica remitirnos permanentemente a su praxis, a la realidad de la proexistencia de Jesús. La esperanza de cada uno, por tanto, debe hacerse concreta para otros, debe actuarse en libertad, debe hacerse adelante de la salvación definitiva. Podemos decir, incluso, que debe ser con-temporalizada, arrastrada desde el más allá de la historia hacia el más acá, hacia el hoy de la misma historia.

La salvación-liberación de Jesucristo tiene que estar entretejida con la trama de la historia para que sostenga al que vivencia el dolor. Si no hacemos en algún momento la experiencia gozosa de la vida, del amor ¿Cómo se nutre la esperanza? ¿De qué? ¿No corremos el peligro de convertirla en un constructo meramente teórico que poco y nada dice al sufriente? Nuestro cuerpo y nuestra tierra son el primer lugar de salvación y de esperanza ¿Dónde si no? No sea que -parafraseando a Borges- tengamos una eternidad más pobre que el mundo.

Esas experiencias de salvación-liberación-felicidad entretejidas en la trama vital, ese atisbo de la trascendencia en la inmanencia, tienen el poder de alimentar la esperanza para resistir al mal vivenciado de tan múltiples maneras. Esos atisbos nos proyectan hacia la “gran esperanza”, hacia una eternidad posible o cierta de alguna manera adivinada o intuida en la experiencia cotidiana. “Afirmar la ‘cotidianidad’ de la salvación no significa negar ninguna de las posibilidades abiertas por la perspectiva de un ‘más allá’ de la historia. Es preciso mantener la tensión entre este ‘inmediato histórico’ que es nuestra vivencia concreta y aquel ‘más allá’, objeto de la tradición de nuestra fe y de nuestra esperanza. Pero hay que estar atentos a no afirmar el más allá en detrimento de la historia concreta”.^[5]

Praxis de esperanza

La radical esperanza cristiana es la pascua de Jesús de Nazaret y, con Su pascua, la nuestra. Pero esa pascua no está sólo al final de los tiempos, al final de la historia, sino que se hace presente hoy, aquí, no en plenitud, pero entre sombras. Ivonne Gebara en *La cara oculta del mal* afirma que no deben perderse nunca de vista los dos polos dialécticos, lo que ella llama la “micro” y la “macrosalvación”. La microsalsvación, agrego, animada por las microesperanzas cotidianas, y la macrosalvación, sostenida por la fe-certeza-confianza en el Dios de Jesucristo que cumple sus promesas. “La salvación, la felicidad, se viven en primer lugar en nuestra piel, y en nuestra piel de hoy. En este sentido la salvación es más que una promesa, aunque ésta constituya ya un resquicio hacia la salvación. La salvación es un encuentro, un acontecimiento, un sentimiento, un beso, un pedazo de pan (...) es todo lo que alimenta el amor, lo que nutre nuestro cuerpo y nuestra vida. Es más que una vida feliz después de ésta, aunque tengamos derecho a soñar con nuestro ‘mañana eterno’”.[\[6\]](#)

El sufrimiento humano involucra, también, a Dios: El creyente lo interpela porque confía en Él: “¿Hasta cuándo, Señor, estarás mirando?”(Sal 35) Dios no es impasible, sino que sufre como con dolores de parto con el sufrimiento de sus hijos.[\[7\]](#) Dios pariendo es, también, un lenguaje adecuado porque muestra que sufre en toda su “anchura” el dolor de los suyos. La imagen del parto empuja a la resistencia, a la fuerza, a la esperanza en la vida que nace. El peso del dolor no aniquila la vida que es sostenida e impulsada radicalmente por Dios: Es Dios mismo capaz de padecer, pero no impotente, sino que se resiste al mal, grita en la cruz.

La identificación de Dios con la muerte de Jesús es la solidaridad máxima con el sufriente. Dios “se hace muerte” y desde allí surge la Vida. Incluso, si se puede decir, la muerte ha quedado clausurada en Dios para librarnos a nosotros de ella. Dios la vence “desde adentro” porque es infinitamente solidario y “sufre infinitamente” con y por nosotros. Esta extrema solidaridad es, precisamente, lo que nos mueve a confiar en ese Dios-Amor-Fiel que cumple sus promesas contra toda esperanza humana. “Este es el modo en que puede servir de ayuda el símbolo de Dios sufriente: como señal de que el misterio de Dios está presente en solidaridad con los que sufren. En medio del aislamiento que implica el sufrimiento, la presencia de la compasión divina como compañera de dolor transforma ese sufrimiento, no mitigando su mal, sino proporcionando un consuelo inexplicable”.[\[8\]](#)

La identificación de Dios con Cristo sufriente y su solidaridad con el dolor humano, debería movernos a una praxis de esperanza compasiva con cada adolorido de este mundo. La compasión de Dios irrumpe en el mundo y lo penetra hasta el tuétano para poder transformar el dolor desde el corazón mismo del dolor. El amor compasivo de Dios operó la resurrección y confirmó la praxis de Jesús de Nazaret. Y cada uno de nosotros, en Cristo, “no queda al margen del sufrimiento, en una simpatía no comprometida. No se queda mirando a la víctima y aconsejando un estoicismo que niegue el dolor. La compasión empieza allí donde está el sufriente, en su aflicción, en su vergüenza y abandono (...) La compasión está con el sufriente, vuelta a, o sumergida en, su experiencia, viéndola con sus ojos. Esta comunión con el sufriente en el dolor, tal como él lo experimenta, es una presencia de amor que sirve de bálsamo al espíritu herido. Esta relación de sufrimiento compartido, simpatético, es mediadora del consuelo y del respeto que pueden animar al

sufriente a aguantar el dolor, a resistir la humillación, a superar la culpa.”^[9] Y sólo en ese amor nuestro participado puede surgir la “estrella de la esperanza”, como la llama el papa Benedicto XVI.

¿A quién, entonces, elevaré mi plegaria en el dolor? Al mismo Dios en el que Jesús creyó, que desciende con su luz y con nosotros al infierno, al dolor y al sufrimiento, y nos sostiene -silencioso, imperceptible- en la hora de la muerte. Nuestra fe-esperanza-confianza es Aquel que ha mirado la muerte cara a cara y la ha vencido, y que vuelve a decirnos, una vez más, ¡y hasta el cansancio!: No temas. La luz que nos acompaña en el abismo del dolor es el Amor. Amor desproporcionado y exuberante de Dios que abraza a sus criaturas, y llora con ellas. Ese Dios-Amor, hecho dolor y muerte en Jesucristo, se hace dolor y muerte en cada uno de los sufrientes de la historia. Escucha, acoge y hace suyo cada aullido, se deja afectar y traspasar -como en la cruz- pero no nos libra del dolor, sino que hace *con* nosotros y *en* nosotros esa escandalosa travesía. Este es su misterio y nuestra esperanza. La “gran esperanza”. La única.

[1] Ver *Carta Encíclica Spe Salvi* del Sumo Pontífice Benedicto XVI sobre la esperanza cristiana, Editrice Vaticana, 2007, edición bilingüe latín-español, 3. En adelante todas las citas referidas a la Encíclica pertenecen a esta edición.

[2] Gebara, Ivonne, *El rostro oculto del mal. Una teología desde la experiencia de las mujeres*, Ed. Trotta, 2002, 151.

[3] Ruiz de la Peña, Juan Luis, *Teología de la creación*, Ed. Sal Térrea, 1992, 74-75.

[4] *Spe Salvi* 28.

[5] Gebara, 162.

[6] Gebara, 163.

[7] “El hebreo no tiene un término específico para expresar el sentimiento del mal o del dolor, sino que expone el porte y los gestos del que sufre, y de ahí pueden deducirse los sentimientos y la disposición del alma”, así por ejemplo, las palabras *hébel* o *sirim*, son las expresiones propias “de los síntomas de los dolores de parto y, luego, también, del dolor y de la angustia en general.” *Diccionario de teología bíblica*, J. B. Bauer, Herder, Barcelona, 1985, 995.

[8] Johnson, Elizabeth. *La que es: El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Herder, 1993, 340.

[9] Farley, Wendy, *Tragic vision*, 81. Citado en Johnson 340.